

HERMENÉUTICA BÍBLICA



editorial clie

José M. Martínez

EDITORIAL CLIE

M.C.E. Horeb, E.R. n.º 2.910-SE/A

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

HERMENÉUTICA BÍBLICA

© 1984 por el autor José M. Martínez

© 1984 por Editorial Clie

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin el permiso escrito de los editores, a excepción de breves citas

ISBN: 978-84-8267-531-2

Printed in USA

Clasifíquese:

73 HERMENÉUTICA:

Estudio general de la Hermenéutica

CTC: 01-02-0073-17

Referencia: 22.46.98

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
-------------------	---

PRIMERA PARTE HERMENÉUTICA GENERAL

I. CONSIDERACIONES FUNDAMENTALES . . .	15
Concepto de hermenéutica. — Necesidad de la hermenéutica. — La interpretación como riesgo. — Interpretación en la comunidad de la fe. — Dimensiones de la interpretación bíblica. — Los requisitos del intérprete.	
II. NATURALEZA Y CARACTERÍSTICAS DE LA BIBLIA	39
El testimonio de la propia Escritura. — Credibilidad de la revelación. — Revelación y Escritura. — Inspiración de la Biblia. — Cristo y Escritura. — Infalibilidad e «inerrancia». — Lo permanente y lo temporal de la Escritura. — Lo esencial y lo secundario. — Puntos claros y puntos oscuros.	
III. MÉTODOS DE INTERPRETACIÓN BÍBLICA	65
Método literalista. — Método alegórico. — Interpretación dogmática.	
IV. LA INTERPRETACIÓN LIBERAL	79

	MÉTODO HISTÓRICO-CRÍTICO	87
V.	MÉTODO TEOLÓGICO-EXISTENCIAL Karl Barth. — Rudolf Bultmann. — La «desmito- logización».	95
VI.	LA NUEVA HERMENÉUTICA G. Ebeling. — E. Fuchs. — Observaciones crí- ticas.	109
VII.	MÉTODO GRAMÁTICO-HISTÓRICO Las lenguas de la Biblia. El hebreo. — El griego. — Autenticidad del texto.	121
VIII.	ANÁLISIS LINGÜÍSTICO DEL TEXTO Estudio de las palabras. — Estudio gramatical. — Modismos.	135
IX.	CONTEXTO Y PASAJES PARALELOS Extensión del contexto. — Tipos de contexto. — Irregularidades contextuales. — Pasajes para- lelos.	151
X.	LENGUAJE FIGURADO Figuras simples: De comparación. — De dic- ción. — De relación. — De contraste. — De índole personal. — Figuras compuestas: Alegoría. — Fáb- bula. — Enigma.	163
XI.	TIPOS Y SÍMBOLOS Tipología. — Clases de tipos. — Simbología. — Clasificación de los símbolos. — Acciones simbó- licas. — Simbología diversa. Números. — Ge- matría. — Nombres. — Colores. — Metales y pie- dras preciosas.	175
XII.	ESTUDIO DEL FONDO HISTÓRICO Factores a considerar: Datos geográficos. — Épo- ca o momento histórico. — Circunstancias gene-	193

rales. — Circunstancias especiales. — Ayudas para el estudio del fondo histórico.

XIII. INTERPRETACIÓN TEOLÓGICA	215
Teología y dogmática. — Principios básicos para la interpretación teológica.	

SEGUNDA PARTE HERMENÉUTICA ESPECIAL

ANTIGUO TESTAMENTO

XIV. INTERPRETACIÓN DEL ANTIGUO TESTAMENTO	237
Estructura histórico-teológica del AT. — Pautas para la interpretación del AT. — Relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. — Discernimiento de elementos continuos y discontinuos. — Diversidad y limitaciones de las normas del AT. — Fondo cristocéntrico del AT. — Legitimidad y límites de la tipología. — Uso del AT en el Nuevo. — Formas literarias.	
XV. TEXTOS NARRATIVOS	261
Narraciones prehistóricas. — La creación. — La caída. — La multiplicación del pecado. — Narraciones históricas. — Período patriarcal. — Del éxodo a la entrada en Canaán. — La monarquía israelita.	
XVI. TEXTOS PROFÉTICOS	293
Naturaleza y lugar del profetismo israelita. — Profetismo extático. — Comunidades proféticas. — Profetismo institucionalizado. — Profetismo clásico. — Contenido y estructura del profetismo clásico. — Principios orientativos para la exégesis de textos proféticos.	
XVII. TEXTOS POÉTICOS	319
Peculiaridades de la poesía hebrea. — Salmos: Origen. — Clasificación. — Fondo teológico de los Salmos. — Interpretación del salterio. — Cantar de los Cantares.	

XVIII. LIBROS SAPIENCIALES	341
Probervios. — Job. — Eclesiastés.	

**TERCERA PARTE
HERMENÉUTICA ESPECIAL**

NUEVO TESTAMENTO

XIX. INTERPRETACIÓN DEL NT	355
Observaciones generales. — El Evangelio, esencia del NT. — Evangelio e historia. — Peculiaridades literarias del NT. — Tradición oral y textos escritos. — Historia de las formas. — Formas literarias especiales.	
XX. LOS EVANGELIOS	381
Mateo. — Marcos. — Lucas. — Juan.	
XXI. LA PERSONA DE JESUCRISTO	407
El Mesías. — Hijo del hombre. — Hijo de Dios.	
XXII. LOS MILAGROS	419
El problema hermenéutico. — Sentido bíblico del milagro. — Peculiaridades de los milagros de Jesús. — Credibilidad del milagro. — La expulsión de demonios.	
XXIII. LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS	429
Características del Reino de Dios. — Las bendiciones del Reino. — La entrada en el Reino. — Las exigencias morales del Reino. — El sermón del monte.	
XXIV. LAS PARÁBOLAS	451
Propósito de las parábolas. — Temática y clasificación. — Interpretación.	
XXV. HECHOS DE LOS APÓSTOLES	465
Datos introductorios. — Claves para la interpretación. — Pautas exegéticas.	

XXVI. EPÍSTOLAS	481
Epístolas paulinas. — Pablo, el autor. — Centro del pensamiento de Pablo. — La vida práctica del cristiano. — La Iglesia. — Eventos escatológicos. — Epístola a los Hebreos. — Epístolas generales. — Santiago. — 1. ^a Pedro. — 2. ^a Pedro. — Judas. — 1. ^a Juan. — 2. ^a y 3. ^a Juan. — Orientaciones para la interpretación.	
XXVII. EL APOCALIPSIS	511
Contenido y estructura. — Conexiones conceptuales y literarias. — El Apocalipsis y el AT. — Relación con otros textos apocalípticos del NT. — La Revelación de Juan y la apocalíptica judía. — Características doctrinales de la apocalíptica. — Características literarias. — Comparación del Apocalipsis con la apocalíptica judía. — Fondo histórico y propósito. — Escuelas de interpretación. — La cuestión del milenio. — El mensaje teológico subyacente.	
XXVIII. EXÉGESIS Y ACTUALIZACIÓN	541
Imperativo de la actualización. — Sistemas inadecuados de actualización. — Lectura devocional de la Biblia. — Método filosófico. — Interpretación carismática. — Actualización socio-política. — Principios básicos para una actualización correcta. — La respuesta a la Palabra.	
APÉNDICE	563
Ejemplo práctico de interpretación: Fil. 2:5-11.	
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	575
ÍNDICE DE MATERIAS	581
ÍNDICE ONOMÁSTICO	585

ABREVIATURAS

De libros de la Biblia

Se han adoptado las fijadas en la versión Reina-Valera.

De versiones de la Biblia más usadas en la obra

- BJ = Biblia de Jerusalén
- NBE = Nueva Biblia Española
- NEB = New English Bible
- RSV = Revised Standard Version
- RV = Reina-Valera
- SBEE = La Santa Biblia, Primera Edición Ecuménica (Plaza y Janés)
- ZB = Zürcher Bibel

Obras más frecuentemente citadas

- DBH = *Diccionario de la Biblia* (Herder)
- DNTT = *Dictionary of New Testament Theology*
- IDB = *Interpreter's Dictionary of the Bible*
- ISBE = *International Standard Bible Encyclopaedia*
- NBC = *The New Bible Commentary*
- NBD = *The New Bible Dictionary*
- PBI = B. Ramm, *Protestant Biblical Interpretation*
- TDNT = *Theological Dictionary of the New Testament* (Kittel)

PRÓLOGO

En agosto del pasado año, con motivo de la conferencia bienal de la Asociación de Teólogos Evangélicos Europeos —dedicada precisamente al estudio del tema «La interpretación bíblica hoy»—, tuve una vez más el placer de encontrarme con John R. W. Stott. Cuando en el curso de una de nuestras amistosas conversaciones le manifesté que estaba escribiendo un libro sobre hermenéutica, exclamó con su característica sonrisa afable: «¡Qué valentía!» Aunque inesperado, no me sorprendió su lacónico comentario. Ya por aquel entonces me debatía en medio de las dificultades de la materia, tan amplia como espinosa. Y esas dificultades se pusieron de manifiesto en la mencionada conferencia, donde se destacó la gran confusión existente hoy tanto en el significado teológico como en la aplicación práctica del término «Hermenéutica».

Si mantuve mi decisión de seguir adelante hasta la conclusión del libro, no fue, pues, por inconsciencia o por osadía frívola. Ello se debió a una necesidad sentida en mi propio ministerio docente, dada la escasez de obras en español sobre interpretación bíblica. Y no lo hice con la pretensión de proveer un texto completo —menos aún definitivo—, sino con la esperanza de estimular a otros a hacer nuevas aportaciones —y más especializadas— al acervo literario en el campo de la hermenéutica y contribuir a que el pueblo evangélico de habla hispana comprenda lo indispensable del rigor exegético en el estudio de la Biblia y en la exposición de sus enseñanzas.

Esta necesidad se hace más patente si tomamos en consideración el renovado interés en la hermenéutica observado durante las últimas décadas, tanto en la teología como en la filosofía. Pero aun antes de este «avivamiento» hermenéutico la historia de la Iglesia ha mostrado que los aciertos y los errores teológicos han tenido siempre como causa fundamental la interpretación, correcta o equivocada, de la Escritura. El conocimiento de los principios que deben regir esta tarea —la interpretación— y el reconocimiento de los factores que pueden torcerla son, pues, imprescindibles, especialmente para quienes tienen la responsabilidad de guiar al pueblo cristiano en el estudio de la Palabra de Dios.

El lector advertirá pronto la posición evangélica, teológicamente conservadora, del autor. Pero observará, asimismo, sus esfuerzos por tratar las diferentes cuestiones con la máxima objetividad, con mente abierta a las más diversas opiniones. Tal vez a alguien le llamará la atención, o incluso le predispondrá desfavorablemente, la relativa profusión de citas de autores situados en muy variadas posiciones teológicas, no todas netamente «evangélicas», o mi aceptación de algunas de sus aseveraciones. Pero no podemos olvidar que aun la persona más heterodoxa puede hacer afirmaciones que merezcan la aprobación y hasta la complacencia del cristiano más ortodoxo. Si una cosa puedo asegurar al lector es que en el trabajo de investigación no he escatimado el análisis cuidadoso, la reflexión y la selección, todo ello hecho con la máxima voluntad de honestidad intelectual y de lealtad al testimonio bíblico, con actitud de respeto hacia todos los autores consultados y con reverencia mayor hacia el texto de la Escritura, depósito sagrado de la revelación de Dios.

*En lo que se refiere a los principios fundamentales de la hermenéutica general, me ha parecido útil seguir en lo esencial la línea marcada por especialistas como Bernard Ramm, M. S. Terry, L. Berkhof y A. B. Mickelsen, entre otros. En la estructura de las partes correspondientes a la hermenéutica especial, particularmente en la relativa al Antiguo Testamento, he adaptado en parte el orden seguido por Kurt Frör en su *Biblische Hermeneutik*, lo que no equivale a una identificación por mi parte con todos sus puntos de vista. He estimado oportuno, asimismo, incluir algunos de los elementos aportados por la denominada «Nueva Hermenéutica». Sin entrar detalladamente en las cuestiones que ésta plantea, se proporciona información suficientemente extensa para que el lector tenga una idea lo más clara posible —cosa no fácil— de los últimos enfoques de la interpretación.*

Por su particular importancia, se da amplio espacio a la exposición de los métodos de interpretación bíblica. Me he abstenido, sin embargo, y deliberadamente, de ampliar la obra con incursiones en el campo de la lingüística moderna, propias de especialistas y, por otro lado, no imprescindibles. Por esa razón queda excluido también el «análisis estructural» aplicado a la metodología hermenéutica, pese a lo sugestivo de las perspectivas que puede abrir.

Este tratado se ha escrito con el propósito de ayudar a los estudiantes de hermenéutica en centros de formación bíblico-teológica. Pero se ha tenido en mente, asimismo, a cuantos desean perfeccionar su modo de estudiar la Biblia con objeto de entender correctamente sus textos y sacar de ellos el máximo provecho. Por tal motivo, he procurado limitar el uso de tecnicismos y así, sin rebajar la altura propia de la materia, hacer la obra asequible al mayor número posible de lectores.

El contenido está dividido en dos partes, correspondientes a la

hermenéutica general y a la especial, esta última, a su vez, subdividida en las relativas al Antiguo Testamento y al Nuevo. Como se verá, éstas ocupan una considerable extensión. Ello se debe al convencimiento de que no es posible una interpretación adecuada sin un conocimiento mínimo de las características fundamentales de la literatura bíblica en sus diferentes clases o géneros y del contenido esencial de sus libros. En el estudio relativo a la interpretación del Antiguo y del Nuevo Testamento, se encontrarán datos que más bien corresponden a obras sobre introducción bíblica; pero se han incorporado y expuesto sucintamente por estar especialmente relacionadas con el texto mismo o con su fondo —tanto histórico como teológico—, elementos indispensables para determinar el significado de cualquier pasaje de la Escritura. La ampliación del estudio de estas cuestiones o de otras afines debe efectuarse mediante la consulta de obras de introducción a la Biblia (AT y NT) o en comentarios exegéticos.

Desde la primera página ha sido mi intención no tomar partido en las cuestiones exegético-teológicas en las que creyentes igualmente amantes de la Palabra de Dios y deseosos de interpretarla rectamente sostienen puntos de vista dispares. Sólo entre líneas —y pocas veces— podrá el lector entrever el pensamiento del autor. Esto puede parecer decepcionante para quienes esperan opiniones concretas sobre determinados temas, tales como el cumplimiento de algunas profecías del AT, el bautismo, los dones del Espíritu Santo, la posición de la mujer en la Iglesia, el milenio, etc.; pero estimo que descender a este terreno sería impropio en una obra cuya finalidad no es defender posiciones, sino proveer los elementos de orientación necesarios para que cada uno adopte las que considere más acordes con la Escritura.

Una observación sobre los textos bíblicos que se citan a lo largo del libro: básicamente son tomados de la versión Reina-Valera (1960 ó 1977), pero también se usan otras versiones —o traducciones de versiones— sin especificar cuáles. En cualquier caso, en los textos del AT se ha sustituido siempre el nombre de Jehová por el más correcto de Yahvéh.

En cuanto a la transliteración de términos hebreos y griegos, frente a la diversidad de criterios existentes, he optado por la que más se ajusta a las equivalencias fonéticas en lengua castellana, salvo en los casos de formas muy generalizadas.

Dado el carácter primordialmente didáctico de este tratado, se añaden a los capítulos del mismo sendos cuestionarios o ejercicios prácticos. El carácter de los mismos es meramente orientativo y el profesor podrá modificarlos, ampliarlos o elaborar los suyos propios según su mejor criterio. Asimismo, a causa de la extensión de algunos capítulos, éstos pueden ser divididos en cuantas lecciones convenga para su adecuado estudio.

De modo especial quisiera subrayar la entidad del último capítulo: «Interpretación y actualización.» Sólo en la medida en que la comprensión del significado original del texto bíblico resulte significativo y sea aplicable en el contexto actual de la Iglesia y del mundo será la interpretación vehículo de la Palabra viva de Dios. Sólo mediante la actualización de la Escritura —lo que en modo alguno equivale a alteración de su contenido— es posible una constante renovación de la Iglesia y una proclamación inteligible del Evangelio al hombre de hoy.

Concluyo estas líneas introductorias transcribiendo el párrafo final de la «Declaración» formulada por la Asociación de Teólogos Evangélicos Europeos en la Conferencia a que me he referido: «Esto —la "encarnación" de la Palabra de Dios en situaciones culturales nuevas— hace la tarea hermenéutica apasionante y difícil a la vez. Sin embargo, la conferencia se ha mantenido unida en su creencia de que la Escritura, testimonio de profetas y apóstoles relativo a la revelación salvadora de Dios en Jesucristo, tiene en sí una claridad y una perspicuidad que permiten a todo lector, incluido el teólogo (!), descubrir la voluntad de Dios para su fe y su vida. Tal convicción en modo alguno excluye la necesidad de principios hermenéuticos sanos. De hecho, nos incita más al estudio hermenéutico serio y a la reflexión, a fin de que el pueblo de Dios sea protegido del puro individualismo y del subjetivismo de modo que sea guiado a una comprensión común de la voluntad de Dios en nuestros días y en nuestra propia situación cultural.»

Es mi anhelo y oración que, con la ayuda de esta obra, muchos inicien la bendita tarea de ahondar en el significado de las Sagradas Escrituras a fin de poder recibir y comunicar con mayor efectividad el maravilloso conocimiento de la revelación de Dios.

José M. Martínez
Diciembre 1983

I

HERMENÉUTICA GENERAL

I

CONSIDERACIONES FUNDAMENTALES

La importancia de la Biblia está fuera de toda discusión. Sus libros no son sólo un tesoro de información sobre el judaísmo y el cristianismo; su contenido constituye la sustancia misma de la fe cristiana y la fuente de conocimiento que ha guiado a la Iglesia en cuanto concierne a su teología, su culto, su testimonio y sus responsabilidades de servicio.

La solidez del pensamiento cristiano y la vida misma de la Iglesia dependen del lugar otorgado en ellos a la Biblia y del modo de examinar sus textos. Puede afirmarse que las formulaciones doctrinales, la piedad y la acción del pueblo de Dios cabalgan siempre a caballo de la hermenéutica, y ello hasta el punto de que, como señala Gerhard Ebeling, la historia de la Iglesia es «la historia de la interpretación de la Sagrada Escritura».¹

Este juicio ha sido compartido casi unánimemente tanto por eruditos conservadores como por teólogos de otras tendencias. Aun en la pluralidad del Consejo Mundial de las Iglesias se reconocía inicialmente el encumbrado lugar que la Biblia había de tener en el movimiento ecuménico. Uno de sus portavoces, Edmund Schlink, escribía: «A menos que la norma de la Palabra de Dios —la cual ha de permanecer por encima de nuestras búsquedas y de nuestras interrogaciones— sea tomada en serio, nuestra búsqueda de la Iglesia en otras confesiones y nuestras preguntas acerca de nosotros mismos acabarán en la disolución de la iglesia y en desobediencia al Señor de la Iglesia.»² No menos claras y contundentes

1. James M. Robinson en «Hermeneutic since Barth», *New Frontiers in Theology*, vol. II, p. 65.

2. *The New Delhi Report*, N. York, Assoc. Press, 1962, p. 79.

dentos son las palabras de William Visser't Hooft: «Nuestros estudios empiezan con la Biblia, es decir, oyendo la Palabra de Dios; nos llevan a la evangelización, es decir, a la proclamación de la Palabra de Dios; van más allá a la acción cristiana, es decir, a la puesta en práctica de la Palabra de Dios.»³ Y a pesar de los problemas suscitados en torno a la cuestión hermenéutica tanto en Montreal (1966) como en Bristol (1967) y Lovaina (1971), no puede decirse que las iglesias miembros del C.M.I. no siguen reconociendo —al menos teóricamente— la autoridad de la Biblia. Que todas sean o no consecuentes con tal reconocimiento, eso ya es otra cuestión.

Pero no es suficiente una aceptación formal de la autoridad de la Escritura si este concepto aparece desvaído o si el contenido bíblico llega a nosotros desfigurado por interpretaciones torcidas. De ahí la importancia de una hermenéutica correcta que nos permita recuperar su mensaje en toda su grandeza y vitalidad primigenias. En palabras de H. J. Kraus, «todas las perspectivas de éxito de la teología y de la Iglesia se hallan en la Biblia, si se consigue que los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento vuelvan a hablar en su unidad y fuerza de expresión originales».⁴

Concepto de hermenéutica

La hermenéutica es la ciencia de la interpretación. El término, etimológicamente, se deriva del verbo griego *hermēneuō*, que significa explicar, traducir, interpretar. Por su raíz (*herme*), ha sido relacionado con Hermes, el mitológico heraldo de los dioses, a quien se atribuía la invención de los medios más elementales de comunicación, en particular el lenguaje y la escritura.

Tanto el concepto griego como el de épocas posteriores se refieren a la determinación del significado de las palabras mediante las cuales se ha expresado un pensamiento. Esto, de por sí, nos muestra la dificultad de la tarea hermenéutica, pues a menudo hay pensamientos que apenas hallan expresión adecuada mediante palabras. Tal es el caso, por ejemplo, en la esfera religiosa. Por otro lado, las complejidades del lenguaje frecuentemente conducen a conclusiones diferentes y aun contrapuestas en lo que respecta al significado de un texto. El camino a recorrer entre el lector y el pensamiento del autor suele ser largo e intrincado. Ello muestra la conveniencia de usar todos los medios a nuestro alcance para llegar a la meta propuesta. La provisión de esos medios es el propósito básico de la hermenéutica.

3. Cit. por P. G. Schrottenboer, «The Bible in the World Council of Churches», *Evangelical Review of Theol.*, II, 2, p. 167.

4. Cit. por Gerhard Maier, *Wie legen wir die Schrift aus*, p. 8.

Término sinónimo de hermenéutica es «exégesis» (del griego *exegeomai* = explicar, exponer, interpretar). En el mundo greco-romano se aplicaba a experiencias religiosas, particularmente a la interpretación de oráculos o sueños. Actualmente se usa para expresar la práctica de la interpretación del texto, mientras que la hermenéutica determina los principios y reglas que deben regir la exégesis.

Aplicada al campo de la teología cristiana, la hermenéutica tiene por objeto fijar los principios y normas que han de aplicarse en la interpretación de los libros de la Biblia.

En las últimas décadas, la hermenéutica bíblica ha sido objeto de atención renovada y ha adquirido nuevos perfiles bajo la influencia del pensamiento filosófico del siglo XX, así como de las escuelas más modernas de lingüística. En los círculos en que prevalecen los postulados de la llamada «Nueva Hermenéutica», de la que nos ocuparemos oportunamente, el valor de determinadas normas de interpretación es minimizado. El proceso de comprensión de un texto no se agota en la aplicación de unas reglas hermenéuticas. Estas —afirman los representantes del nuevo movimiento— no pueden por sí solas darnos una idea clara del contenido del texto. La interpretación correcta sólo es posible a partir de la situación del intérprete, el cual accede al texto con sus propias presuposiciones —la «inteligencia previa» o pre-comprensión (*Vorverständnis*) de Bultmann— para iniciar un diálogo en el que el intérprete, desde su particular situación, interroga al texto y éste interroga al intérprete. En este «círculo hermenéutico», el intérprete no sólo adquiere una nueva comprensión que modifica y perfecciona sus conceptos mediante la «fusión de horizontes», el suyo y el del texto, sino que se siente personalmente interpelado por el contenido de éste. Así, mientras la hermenéutica tradicional se ocupa tan sólo del texto en sus palabras, en su contexto, su estilo literario y su fondo histórico, en la actualidad se tiende a dar tanta importancia como al texto al intérprete considerado en su contexto personal y en una determinada tradición histórica.

Hay, sin duda, valiosos elementos positivos en este nuevo enfoque dado a la hermenéutica; pero, como veremos más adelante, los resultados de su aplicación suelen conducir no a una interpretación del texto, sino a una adaptación del mismo a las concepciones filosóficas del intérprete, a menudo con total independencia del pensamiento del escritor sagrado.

Las mejores ilustraciones del concepto de hermenéutica, así como de su práctica, las hallamos en la Biblia misma. En los días del Antiguo Testamento, sobresale la labor de Esdras, el fiel sacerdote judío que públicamente leía al pueblo «en el libro de la ley de Dios, aclarando e interpretando el sentido para que comprendieran la lectura» (Neh. 8:8).

En el Nuevo Testamento, la práctica exegética aparece no sólo como elemento didáctico, sino como esencia de la proclamación evangélica centrada en Cristo. Es de notar el interés con que una y otra vez los escritores tratan de aclarar los términos o expresiones que pudieran resultar de difícil comprensión para sus lectores. El verbo *hermēneuō* aparece en el texto griego de cada uno de los versículos aclaratorios que se mencionan a continuación: Mt. 1:23 (al nombre de Emmanuel se añade su significado: «Dios con nosotros»), Mr. 5:41 (a la frase aramea *Talitha, koumi* sigue su traducción: «Muchacha, levántate»), Mr. 15:22 (Gólgota es equivalente a calavera), Jn. 1:38 (rabí significa maestro). Aún podrían añadirse otros ejemplos (Mc. 15:34; Hch. 4:36; 13:8). Pero mucho más notable es la labor exegética de Jesús mismo, tanto en lo que concernía a la ley mosaica —a cuya interpretación aporta una dimensión mucho más profunda que la de los rabinos judíos— como en torno a los textos mesiánicos del Antiguo Testamento, que hallaban en Él su cabal cumplimiento. Lucas sintetiza admirablemente el magisterio hermenéutico de Jesús cuando refiere el diálogo con los discípulos de Emaús: «Comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les iba interpretando (*diërmēneuen*). Y Él, a su vez, fue el intérprete del Padre, el que lo explicó (*exëgēsato*) (Jn. 1:18).

Este último texto es de importancia capital. En el fondo, la hermenéutica bíblica no trata meramente de la interpretación de los textos sagrados. Su finalidad última debe ser guiarnos a una comprensión adecuada del Dios que se ha revelado en Cristo, la palabra encarnada. Por eso su objetivo no puede limitarse a la intelección de unos escritos. La hermenéutica ha de ser el instrumento que allane el camino para el encuentro del hombre con Dios. Los apóstoles y sus colaboradores, siguiendo la línea de su Maestro, realizaron una amplia labor interpretativa del Antiguo Testamento. Aparte de numerosas citas veterotestamentarias, hay porciones fundamentales del Nuevo Testamento que constituyen una interpretación del Antiguo (ejemplo de ellos es la carta a los Hebreos). Pero siempre la interpretación y la exposición se llevan a cabo con una gran preocupación evangelística y pastoral. Su afán primordial no es tanto «hacer exégesis» de la Escritura como llevar al lector a una asimilación personal, práctica, con todas sus implicaciones, de los grandes hechos y verdades de la revelación de Dios culminada en Jesucristo, si bien exégesis y asimilación son inseparables.

Necesidad de la hermenéutica

En la base de nuestra relación con el mundo y, especialmente, con nuestros semejantes, hay siempre una acción más o menos

consciente de interpretación. El uso que hacemos de las palabras para expresar nuestra observación de lo que nos rodea, nuestros sentimientos o nuestras experiencias ya es un modo de interpretar esas realidades. Y la actividad mental por parte de quien nos escucha —o lee—, encaminada a determinar el significado de lo que decimos, es también un proceso interpretativo.

A menudo lo que se expresa mediante el lenguaje es tan simple, frecuente o conocido que la interpretación se lleva a cabo sin dificultad y sin que apenas nos percatemos de la misma. Esto es así especialmente cuando la persona que habla y la que oye viven en situaciones análogas, cuando su mundo cultural, social y lingüístico es el mismo. Una disertación sobre anatomía será bien seguida y comprendida por un médico, y una conferencia sobre cuestiones ontológicas será captada sin dificultad por un filósofo. Pero en la medida en que se agrandan las distancias entre quien habla y quien escucha se hace más patente la necesidad de aclarar conceptos y términos, de explicar, de ilustrar, en una palabra: de interpretar. Pensemos, por ejemplo, en las dificultades de un campesino para entender un discurso sobre el arte barroco, o de un minero que no tenga ni nociones de música para sacar provecho de una explicación relativa a la estructura de una sinfonía. Dificultades semejantes surgen cuando se lee un libro cuyo autor pertenece a un país, a una cultura, a un tipo de sociedad y a un momento histórico lejanos, o cuando las formas del lenguaje literario no coinciden con el lenguaje cotidiano.

El trabajo hermenéutico es indispensable en el estudio de muchos textos. Los especialistas en literatura antigua han escrito volúmenes que podían llenar una gran biblioteca con glosas, comentarios y notas aclaratorias de las obras legadas al mundo por los clásicos griegos y romanos. También es copiosa la producción exegética relativa a los libros sagrados de los chinos, los egipcios o los persas. Y en todos los casos la labor de los eruditos ha tropezado con grandes dificultades para descifrar, traducir o interpretar los textos que tenían ante sí.

Son muchos los obstáculos que se presentan cuando se quiere interpretar atinadamente lo que fue escrito hace miles de años en el seno de un pueblo con ideas, costumbres y lenguas muy diferentes de las nuestras. En algunos aspectos importantes, el mundo y los tiempos antiguos diferían notablemente de nuestro mundo y de nuestro tiempo. Y, como señala Anton Vögtle, «la conclusión salta a la vista. Cuanto más hayamos perdido la comunidad de horizontes, de representación, de lenguaje con ese lejano y complejo mundo, en el que se imbrican y mezclan las concepciones más distintas, tanto mayor se vuelve la *tensión hermenéutica* entre los dos polos, entre los textos que han de ser interpretados

por una parte, y yo mismo, el intérprete que pregunta y entiende por otra parte».⁵

En el caso de la Biblia, las dificultades se multiplican a causa de su complejidad. No es la obra de un hombre en un momento histórico determinado, sino un conjunto de libros escritos a lo largo de más de un milenio cuajado de grandes cambios culturales, políticos, sociales y religiosos. Si a esto se añade la diversidad de sus autores, estilos y géneros literarios, se comprenderá lo imperioso de un trabajo esmerado cuando se trata de interpretar las Escrituras hebreo-cristianas.

A veces la hermenéutica bíblica es mirada con recelo y hasta con menosprecio. Tergiversando el principio de la perspicuidad de la Escritura propugnado por los reformadores del siglo XVI, particularmente por Lutero, se cree que lo esencial de la Biblia es suficientemente claro y no precisa de minuciosos estudios exegéticos. Pero tal creencia es insostenible. Ciertamente es que algunos pasajes de la Escritura son muy claros. Lo son especialmente aquellos que se refieren al plan de Dios para la salvación del hombre y para su orientación moral. Pero aun en estos casos los textos sólo son comprendidos en la plenitud de su significado cuando se analizan concienzudamente. No hay en toda la Biblia un versículo más fácil de entender que Juan 3:16. Resulta comprensible aun para la mente más simple. Sin embargo, lo incomparable de su riqueza espiritual sólo se aprecia cumplidamente cuando se ahonda en los conceptos bíblicos expresados por los términos «amor», «Hijo unigénito», «creer», «perdición» y «vida eterna».

Si aun los textos claros deben ser objeto de cuidadoso análisis exegético, ¿qué diremos de los oscuros, de los que presentan expresiones ambiguas, equívocas o en aparente contradicción con otros pasajes de la Escritura? ¿Qué significado atribuiremos al lenguaje figurado, a los tipos y alegorías, a los salmos imprecatorios, a los enigmas proféticos, a las descripciones apocalípticas?

Hay quienes opinan que la dirección del Espíritu Santo es suficiente para una recta interpretación, por lo que no sólo se pone en tela de juicio la utilidad de la hermenéutica, sino que se cuestiona su legitimidad por estimar que constituye un intento de sustituir con la acción del hombre lo que debe ser obra de Dios. Pero esta opinión, pese a su aparente profundidad espiritual, carece igualmente de base sólida.

Es verdad que, como enseñó Lutero, posee la Escritura una claridad subjetiva producida por el Espíritu Santo y que, en frases de Karl Barth, «la palabra de la Escritura dada por el Espíritu sólo por la obra del Espíritu de Dios puede ser reconocida como palabra de Dios» y que «no podemos entender la Palabra de

5. *La interpretación de la Biblia*, Herder 1970, p. 31.

Dios... sino como acto de Dios»,⁶ todo lo cual está en consonancia con lo que enseña Pablo en 1 Co. 2:6-16 y 2 Co. 3:14-18. Pero debemos preguntarnos si el Espíritu Santo actúa normalmente con completa independencia de los procesos ordinarios del entendimiento humano, en una operación de *deus ex machina*, casi mágica, o si lleva a cabo su acción incorporando a ella las facultades mentales del hombre. Pablo, que tan profundamente dependía del Espíritu de Dios, no renunció jamás al uso de su enorme capacidad teológica. Por el contrario, ésta aparece en su ministerio, sobre todo en sus cartas, como uno de los medios más valiosos usados por el Espíritu Santo para realizar su obra iluminadora en la Iglesia.

Por otra parte, la historia de la Iglesia y la experiencia diaria atestiguan que una pretendida dependencia del Espíritu divorciada del estudio serio y diligente en la interpretación de la Escritura es frecuentemente causa de extravagancias religiosas o de herejías. La obra del Espíritu Santo es indispensable para la comprensión de la Palabra de Dios; pero no es, por lo general, una obra que nos ahorre la saludable tarea de la hermenéutica. Es guía, no atajo, para llevarnos al conocimiento de la verdad de Dios. Por tal razón, contar con el Espíritu seriamente no excluye la necesidad del estudio encaminado a desentrañar lo más exhaustiva y fielmente posible el significado de los textos sagrados.

Y si alguien insistiera en sus objeciones contra la hermenéutica apoyándose en pasajes como los de 1 Jn. 2:20, 27 («Vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas... La unción que recibisteis de él permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe») evidenciaría su ignorancia u olvido de otros pasajes en los que se pone de manifiesto que la clara comprensión de una enseñanza bíblica no siempre se obtiene de manera directa e inmediata, sino que a menudo hace necesaria la mediación del intérprete. Recordemos el ejemplo ya mencionado de la ley leída al pueblo y explicada por Esdras. Algunas de las parábolas referidas por Jesús no fueron suficientemente claras para los discípulos y el Señor mismo tuvo que interpretárselas. El eunuco etíope leía una porción del profeta Isaías, pero sólo comprendió su sentido después de la explicación de Felipe. El apóstol Pedro, refiriéndose a algunos escritos de Pablo, afirma que son «difíciles de entender» y que los indoctos e inconstantes «los tuercen, al igual que las demás Escrituras, para su propia perdición». (2 P. 3:15, 16).

Los diversos ministerios cristianos son dones del Señor a su Iglesia (Ef. 4:11, 12) para su edificación, y uno de los principales deberes de todo ministro es manejar rectamente (*orthotomeō*) la

6. Cit. por A. C. Thiselton, *The Two Horizons*, p. 88.

palabra de la verdad (2 Ti. 2:15), así como uno de sus mayores pecados es adular (kapēleuō = desnaturalizar con fines indignos) esa palabra (2 Co. 2:17). De la fiel interpretación de la Escritura, la Iglesia ha derivado sus mayores beneficios. Por el contrario, la exégesis torcida de determinados textos ha dado lugar a los más variados errores, algunos de ellos nefastos.

La interpretación como riesgo

Evidentemente, lo expuesto sobre la necesidad de la hermenéutica nos sitúa ante un problema. Por un lado, es obvio que no podemos prescindir de ella. Por otro, existen posibilidades de que la interpretación sea incorrecta e incluso dañina, que en lugar de aclarar engendre confusión. La tarea interpretativa se nos presenta como arma de dos filos.

La sima existente entre judíos y cristianos fue abierta por el distinto modo de interpretar el Antiguo Testamento. Las diferencias confesionales dentro del propio cristianismo son básicamente diferencias de interpretación. Lo que separa a protestantes de católicos es, en síntesis, una disparidad exegética en torno al texto de Mt. 16:18 («Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; y a ti te daré las llaves del reino de los cielos»). En el seno del protestantismo, las diferentes «denominaciones» —elementos históricos aparte— apoyan las características que las distinguen en lo que cada una estima ser enseñanza de la Escritura.

¿Existe una respuesta válida a la cuestión del riesgo de la interpretación?

La Iglesia Católica ha resuelto tradicionalmente el problema mediante la autoridad de su magisterio, por el cual se decide la interpretación verdadera, infalible, de la Escritura. En los últimos decenios, especialmente a partir de II Concilio Vaticano, esta postura ha sido matizada. Una mayor libertad para la investigación bíblica permite a los escrituristas católicos salirse de los rígidos moldes dogmáticos de su Iglesia y llegar a interpretaciones idénticas o similares en no pocos puntos a las de exegetas protestantes. Pero oficialmente la posición del catolicismo no ha variado. Sólo el magisterio de la Iglesia tiene la palabra final en la determinación del significado de cualquier texto bíblico.

Contra esta pretensión alzaron ya su voz los reformadores del siglo XVI. En la interpretación de la Escritura, la autoridad final —aseveraban— no es la Iglesia, sino la propia Escritura. *Scriptura sacra sui ipsius interpres* (la Escritura sagrada es intérprete de sí misma). Se daba así a entender que ningún pasaje bíblico ha de estar sometido a la servidumbre de la tradición o ser interpretado aisladamente de modo que contradiga lo enseñado por el conjunto de la Escritura.